

relaciones un aire más íntimo y más legítimo, pero Basilio contestó:

—¡Qué! ¿Ir á cabecear de sueño con cuatro coto-cotas? Nunca.

—Pero se habla, se hace música.

—Gracias, conozco esa música de las *soirées* de Lisboa, el vals de Beijo y el *Trovador* ¡Quital

Por dos ó tres veces habló de Jorge con desdén y aquello la ofendió altamente.

Cuando entraba en el *Paraiso* ya no tenía la delicadeza amorosa de levantarse alborozado. Sentábase apenas en el sofá y tirando perezosamente el cigarro de la boca ¡Viva mi flor! decía. Y un aire de superioridad cuando hablaba y una manera de decir "tu no entiendes nada de eso."

Llegó á tener palabras crudas y gestos brutales y Luisa comenzó á desconfiar de que Basilio la quisiese y á creer que apenas la deseaba, al principio lloró, resolvió tener una explicación con él y romper si fuera necesario, pero ¡oh Dios! no se atrevía. La figura de Basilio, su voz y su gesto la dominaban y tenía miedo de perturbar su tranquilidad con quejas, porque estaba convencida de que aun la adoraba ó que le daba el deseo tanta excitación, que redundaba en perjuicio del sentimiento. Gozaba tanto, porque le amaba mucho, y su honestidad natural y sus pudores, refugiábanse en raciocinio sutil. El tenía muchas veces, aspereza de maneras, cierto tono de indiferencia, cierto; pero en otros momentos ¡cuánta ternura, qué conmoción en la voz, qué frenesí en las caricias! Amaba también, no cabía duda; aquella certeza, era su justificación. Y como era el amor el que la producía, no se avergonzaba de los alborozos voluptuosos con que iba todos los días al *Paraiso*. Dos ó tres veces al volver, había

encontrado á Juliana que subía también muy deprisa por el Molino de Viento.

—¿De dónde venía usted?—preguntó en casa.

—De ver al médico mi señora, de ver al médico. Quejábase de punzadas, de palpitaciones, de falta de aire.

—Flato, flato.



Efectivamente; Juliana hacía el arreglo de la casa por la mañana; después, apenas Luisa á la una doblaba la esquina, muy recompuesta con su vestido de merino, su sombrero y su sombrilla, iba á decir á Juana:

—Voy á ver al médico.

—Hasta luego señora Juliana,—decía la cocinera, é iba á hacer las señales convenidas á su carpintero.

Juliana descendía por San Pedro de Alcántara y tomando el paseo del Carmo, iba á un callejón enfrente del cuartel; allí vivía en un tercer piso su íntima amiga, la tía Victoria. Era una vieja que fué acomodadora de criadas; aun tenía en la puerta una placa de metal con letras negras que decía: *Victoria Suarez, acomodadora*.

En estos últimos años, su industria se hizo más tortuosa. Ejercíala en una salita esterada, con mosquiteras de papel pendientes del techo, alumbrada por dos ventanillas estrechas. Un vasto sofá ocupaba casi toda la pared del fondo; fué en otro tiempo de reps verde, pero el uso había comido las esquinas y remendado la tela. Ahora presentaba un color indescriptible; los muelles partidos, cruñían con estallido melancólico. En uno de sus extremos dormía todo el día un gato, y uno de los brazos de madera en que había una quemadura revelaba que se había salvado milagrosamente de un incendio. Sobre el sofá colgaba una litografía de Don Pedro IV. Entre las dos ventanas había una cómoda alta, y encima, entre un San Antonio y un cofrecillo hecho de conchas, un mico empajado, con ojos de vidrio, hacía equilibrios sobre una rama de árbol. Al entrar se veía desde luego junto a la ventana contigua a la puerta, arrimada a una mesa cubierta de hule, una espalda delgada y curva, y un gorrito de seda con una borla pendiente: era el señor Gouvea, el memorialista.

En la atmósfera se advertía un olor indefinido, que participaba del aroma de plantas balsámicas cocidas, de grasa y guisado. Siempre había gente: gruesas matronas de amplios pañuelos y rostro regordete; cocheros con el cabello muy peinado y lustroso de aceite; criaditas de ojeras y faz amarilla, sombrilla de cabo de hueso y anillos en los dedos. Enfrente de la sala se abría un cuarto a través de cuya cortina verde se veían a veces desaparecer rostros respetables de propietarias o colas ruidosas de vestidos de seda. En ocasiones, los sábados juntábanse cinco o seis personas viejas que hablaban bajo, con gesto misterioso; muchachitos que de improviso rompían a llorar, y el impassible señor Gouvea escribía en sus regis-

tros, echando a un lado, con melancólicos movimientos, salivazos. La tía Victoria, entretanto, con su toca de merino negro y un vestido rojo, iba y venía, gesticulaba, hacía sonar el dinero, sacando a cada momento de la faltriquera pastillas para el catarro, que tomaba con delectación. La tía Victoria era una mujer utilísima para sus clientes: prestaba dinero a los que lo necesitaban; guardaba las economías de los pobres; hacía escribir por medio del señor Gouvea las correspondencias amorosas a las criadas que no habían ido a la escuela; revendía vestidos; empeñaba levitas, agenciaba colocaciones, recibía confidencias, dirigía intrigas y entendía algo de partos. Jamás un criado despedido dejaba de subir y bajar muchas veces la escalera de la tía Victoria. Poseía muchas relaciones, infinitas amistades. Solterones maduros iban a entenderse con ella para que les facilitase una cocinera gordita y joven. Sabía conservar el secreto de muchos agios matrimoniales y se decía de ella que tenía más mañas que pelos. Últimamente, a pesar de su mucho trabajo, apenas Juliana entraba, levantábase, iban al cuarto reservado, cerraban la puerta, y allí tenían sesión para media hora, y Juliana salía siempre roja, con los ojos encendidos, feliz. Volvía deprisa a casa, y apenas había entrado, decía:

—¿Ha vuelto la señora, Juana?

—Aun no, está en la Encarnación.

—¡Desdichada! Y después, naturalmente, irá a darse su paseito. Hace muy bien en divertirse.

Juana era obtusa y torpe. Además, su pasión puramente animal y física por el carpintero, achicaba el alcance de su espíritu.

Sin embargo, advertía que la señora Juliana estaba muy cariñosa con la señora, y se lo dijo un día:

—Ahora, señora Juliana, parece que está usted más amiga de la señora.

—¿Más amiga?

—Sí, quiero decir... más... más...

—Más unida á la señora.

—Sí, más unida.

—Siempre lo estuve. Además, las gentes tienen sus repentines y sus caprichos. Pero hoy, estoy convencida, Juana, de que en ninguna parte se está mejor que aquí. Es una señora de muy buen genio, sin vanidades insoportables ni caprichos. Doy gracias al cielo de que me haya concedido este descanso y esta felicidad.

La casa, en efecto, tenía un aspecto jovial de felicidad tranquila. Luisa salía todos los días y todo le parecía bien. Nunca se impacientaba. Su antipatía por Juliana parecía haberse disipado y la consideraba una pobre alma de Dios. Juliana tomaba sus calditos, daba sus paseos y gruñía. Juana, mucho más libre que antes, regalábase con su carpintero.

No venían visitas. Doña Felicidad en la Encarnación encubada de árnica; Sebastián estaba en Almadá, donde había ido á vigilar las obras: el Consejero había partido para Cintra á dar una fiesta al espíritu, á regocijarse en las maravillas de aquel Eden, como había dicho á Luisa; el señor Julián, el doctor, como le llamaba Juana, trabajaba en su tesis.

Las horas eran regulares. Había siempre gran silencio y gran reposo. Juliana un día en la cocina, impresionada vivamente por aquel recogimiento y por la satisfacción que se respiraba en la casa, exclamó:

—¡Ah, Juana! no se puede estar mejor. La barca va por un mar de rosas. Esto es la felicidad—agregó con una risita extraña.

VII

Por este tiempo, una mañana que Luisa iba hacia el *Paratso*, vió de repente salir de un portal, poco más adelante del piso de Santa Bárbara, la figura de Ernestillo.

—¡Por aquí prima Luisa!—dijo sorprendido.—¡Por estos barrios! ¿Qué traes por aquí? ¡Vaya un milagro encontrarte en tales calles!

Venía muy encarnado; llevaba recogidas hacia atrás las faldas del gabán y agitaba con excitación un rollo de papeles. Luisa quedó como sobreco-gida. Dijole que venía de hacer una visita á una amiga.

—No la conoces. Acaba de llegar de Oporto.

—¡Ah! Bien, bien.

—Y ¿qué has hecho? ¿Cómo has pasado el tiempo? ¿Cuándo viene Jorge?

Disculpóse luego de no haber ido á verla; pero no tenía un minuto libre de la mañana á la noche, ocupado en los ensayos.

—¿De modo que el drama adelanta?—preguntó Luisa.

—Adelanta.

Y añadía entusiasmado:

—¡Y cómo va! Un primor. Cuando se trabaja, se trabaja.

Ahora venía de casa del actor Pinto, que hace un papel de amante, el del conde de Monte Redondo. Háblale oído decir las palabras finales del acto tercero: «¡Maldición! La suerte funesta me persigue; pues bien, lucharé brazo a brazo con la suerte. ¡A la lucha!».

Era una maravilla. También venía de recibir sus instrucciones para que modificase el monólogo del segundo acto. El empresario le hallaba un poco largo.

—¿De modo que el empresario continúa molestandote con sus exigencias?

Ernestillo hizo un gesto de duda, un poco molesto. Y radiante, añadió:

—Todos están delirantes. Ayer me decía Lerminha: «En la primera representación viene aquí Lisboa en peso. Acabaréis con todos los autores». Es buen hombre. Ahora voy a casa de Bastos, el folletinista de *La Verdad*. ¿No le conoces?

Luisa no se acordaba bien.

—Bastos, el de *La Verdad*.

Y viendo que Luisa parecía desoconocerle, añadió:

—No conoces otra cosa:

Iba a describirle sus facciones:

Pero Luisa exclamó impaciente, para acabar:

—¡Ah, sí! Ahora me acuerdo.

—Pues sí, voy a su casa; somos muy amigos; es buen muchacho y tiene un niño precioso.

La apretó la mano, y dijo:

—Adiós, prima Luisa; no puedo perder momento. ¿Quieres que te acompañe?

—No, está cerca.

—Adiós, recuerdos a Jorge.

Iba a alejarse, pero volvió corriendo tras de ella.

—¡Ah! Se me olvidaba... ¿Sabes que la perdoné? Luisa le miró asombrada.

—A la heroína, la condesa—dijo Ernestillo.

—¡Ah!...

—Sí, el marido la perdona: obtiene una Embajada y se va a vivir al extranjero. Es más natural.

—Ciertamente—murmuró Luisa con vaguedad.

—La obra acaba diciendo el conde de Monte Redondo: «Fué a morir en la soledad, víctima de esta funesta pasión». Es de mucho efecto.—Y añadió después de mirarla un momento:—Adiós, prima; recuerdos a Jorge.

Y se fué.

Luisa entró muy contrariada en el *Paraiso* y refirió el encuentro a Basilio. ¡Era tan tonto Ernestillo! Podía hablar más tarde de aquello, citar la hora y ser interrogada sobre quién era aquella amiga de Oporto.

Y quitándose el velo y el sombrero:

—Realmente es una imprudencia venir tantas veces. Sería mejor escasear las visitas. Puede saberse...

Basilio, contrariado, se encogió de hombros.

—No vengas, si no quieres.

Luisa le miró y se inclinó.

—Gracias mil—contestó.

Iba a ponerse el sombrero, pero él la cogió las manos y la abrazó murmurando:

—Hablas así de no venir... ¿Y yo? Yo, que estoy en Lisboa por tu causa...

—Dices unas cosas... Tienes algunas veces tales maneras...

Basilio la hizo enmudecer a besos.

—Ta, ta, ta... Nada de niños. Perdóname. Estás tan bonita...

Al volver á casa, Luisa reflexionó sobre aquello. No era la vez primera que mostraba despego hacia ella y poco interés por su reputación y su tranquilidad. La quería allí todos los días, el egoísta. ¿Qué le importaba que las malas lenguas hablasen? Y todo ¿para qué? Porque se veía claro que la quería menos. Sus palabras y sus besos eran cada vez más fríos. No tenía ya aquellos arrebatos de deseo como envolviéndola en una caricia palpitante, ni aquella abundancia de pasión que le ponía á sus pies con las manos temblonas como las de un viejo. No se arrojaba ya sobre ella cuando abría la puerta, como sobre apetecida presa. No tenía aquellas conversaciones pueriles, llenas de risotadas y tonterías en las que se olvidaban de todo, después de la hora ardiente y sensual, cuando ella, en dulce laxitud, con la sangre joven, reclinaba la cabeza sobre los desnudos brazos. No, ahora, después de cambiado el último beso, encendía un cigarro como en un restaurant después de comer, é iba á un espejito que había encima del lavabo y se arreglaba el pelo, con un peinecito de bolsillo que ella odiaba. A veces, Basilio hasta consultaba su reloj. Mientras ella se vestía, no iba ya á ayudarla á ponerse el collar, á pincharse con sus alfileres, reír en torno suyo, despedirse con apresurados besos en los hombros, antes de que se pusiera el traje. Ahora iba á repicar en los cristales con aire aburrido.

No la respetaba ni consideraba tampoco. La trataba "por encima del hombro." Hasta el modo de pasear, fumando con la cabeza alta, hablando del *sprit* de *madame* tal ó de la *toilette* de la condesa cual ¡como si ella fuese una estúpida y sus trajes pobres! ¡Era cargante! Creíase que la honraba siguiendo con ella. Recordaba á Jorge: Jorge que la amaba respetuosamente, para quien ella era la más

bonita, la más inteligente y la más irresistible de las mujeres... Pensó que había sacrificado su feliz tranquilidad á un amor incierto...

Cierto día que le vió más frío y distraído, se explicó con él. Erguida sobre el canapé, habló con buen sentido y mesura. Que veía claro que él se aburría, que había pasado su amor, que eran humillantes para ella esa situación, y que juzgaba más digno concluir...

Basilio la miró, sorprendido de su seriedad; sentía el estudio y la afectación en sus frases, y dijo tranquilamente.

— ¡Eso lo traías estudiado!

Luego se levantó bruscamente y le miró de un modo brusco, encogiéndose de hombros.

— ¿Estás loca, Luisa?

— Cansada. Hago sacrificios por ti, me comprometo diariamente... ¿para qué? Para verte indiferente y cargante.

— Pero, amor mío...

Luisa sonrió irónicamente.

— "Amor mío." ¡Oh, son ridículos esos fingimientos.

— Esta escena me faltaba—dijo Basilio impetuosamente y cruzado de brazos ante ella.—¿Qué deseas? ¿Qué te ame como en el Teatro de San Carlos? Todas sois lo mismo. Cuando un pobre diablo ama como todo el mundo, con su corazón, sin gestos de terror, es frío, es ingrato, se aburre. ¿Quieres que me ponga de rodillas, que juegue los ojos, que declame, que jure y demás tonterías?

— Tonterías que hacías antes...

— ¡Al principio!—contestó brutalmente Basilio.— Ya nos conocemos para eso, hijita.

¡Y no hacía cinco semanas!

— ¡Adiós!—murmuró Luisa.

— Bueno. ¿Te vas enfadada?

—No—respondió Luisa, poniéndose nerviosamente los guantes.

Basilio se puso ante la puerta con los brazos abiertos.

—Sé razonable, niña. Unas relaciones como las nuestras son el «duetto de Fausto». Yo te amo, tú creo que también; hacemos sacrificios mutuos, somos felices. ¿Qué más quieres? ¿Por qué te quejas?

—No me quejo; tienes razón—dijo Luisa sonriendo tristemente.

—¿Conque no te vas enfadada?

—No...

—¿Palabra?

—Sí.

Basilio la tomó las manos.

—Dale entonces un besito a Bibí...

Ella le dió un suave beso en la cara.

—Con la boquita—dijo Basilio amenazándola con la mano—. ¡Ah! Rabiosilla, con el genio del tío Antonio Brito, nuestro pariente, que arrastraba a los criados por la trenza. ¿Vendrás mañana?—añadió acariciándola la mejilla.

—Vendré—dijo Luisa después de un instante de vacilación.

Entró en su casa humillada y exasperada. Eran las seis, y Juliana le dijo que la comida no estaba, por no haber regresado Juana, que salió a las cuatro.

—¿A dónde fué?

Juliana se sonrió.

Luisa entendió. Había ido a ver a algún amante. Hizo un gesto desdenoso de compasión.

—Pues ganará mucho con ello. ¡Valiente tonta!—dijo.

Juliana la miró asombrada.

—¡Está loca!—pensó.

—Esperaré, ¿qué vamos a hacerle?—dijo Luisa.

Paseaba excitada, murmurando con despecho: —¡Egoísta, infame, grosero! ¡Y se pierde una mujer por un hombre así!... ¡Qué estupidez! ¡Cuán pronto se cansan los hombres de amar!

Se acordó de Jorge. ¡Este sí! Su amor era siempre el mismo: vivo, invariable. ¡Pero el otro! ¡Qué indigno! *Le conocía ya mucho...*

Ella, ¿le amaba?—se interrogó—. Imaginó situaciones: si él quisiera llevarla a Francia, ¿iría? ¡No! Si enviudase, por desgracia, ¿se casaría con él? ¡No!

Pues entonces... Como quien se asombra al destapar un frasco muy cerrado y ver evaporado el perfume, así se admiró ella al ver vacío su corazón. ¿Qué la empujó a él? No lo sabía; acaso la novulesca curiosidad de tener un amante, pequeñas vanidades; cierto deseo sensual...

¿Pero qué sentía ahora de extraordinario?

Comenzaba a estar menos conmovida al lado de Basilio que al de su marido. Un beso de Jorge la turbaba más, a pesar de vivir con él hacía tres años. Nunca se aburría a su lado; pero sí al de Basilio. ¿Qué era éste para ella? Como un marido poco amado que busca cariño fuera de casa. ¿Valía la pena?

¿En qué estaba la causa de esto? En el amor, tal vez, porque al fin, Basilio y ella estaban en las mejores condiciones para lograr una dicha excepcional: eran jóvenes, les atraía el misterio, les excitaba la dificultad... ¿Por qué entonces casi bostezaban juntos? Es que el amor es esencialmente perecedero y empieza a morir cuando nace. Sólo el principio es bueno; hay en él entonces entusiasmo... delirio... trozos de cielo... Pero luego... Vió claramente la explicación de la existencia de Leopoldina. Cambiando de amante cada semana y renovando así sensaciones. Y por la tortuosa lógica de los amores impuros, su primer amante la hacía pensar en el segundo.

Al día siguiente se la ocurrió que el *Paratso* estaba lejos. Se quedó en casa y mandó á Juliana á preguntar por doña Felicidad.

Aquella tarde recibió carta de Jorge. Decíala que aun se detendría, pero que empezaba á pesarle su viudez. "¿Cuándose vería en la alcoba de su casita?"

Quedó Luisa conmovida y sintió vergüenza y remordimiento. Un deseo infinito de ver á Jorge, de besarle, y el recuerdo de sus pasadas dichas la hicieron escribirle en el acto: "Que también estaba cansada de verse sola; que volviese, porque era estúpida aquella separación..." Y era sincera en aquel instante.

Había cerrado el sobre, cuando Juliana entró con una carta del hotel. Basilio se mostraba desesperado. "¿Cómo no has venido? veo que estás incomodada. Es tu orgullo y no tu amor el que te domina. He esperado hasta las cinco. ¡Qué suplicio! Debemos perdonarnos mutuamente, arrodillarnos uno ante otro y olvidar todo resentimiento en un mismo amor Ven mañana. ¡Te adoro tanto! ¿Qué más pruebas quieres que las de abandonar mis intereses, mis relaciones, mis gustos y enterrarme en Lisboa?... etc., etc."

Se puso nerviosa sin saber lo que debía hacer ni lo que quería. Aquello era cierto. ¿Por qué estaba él en Lisboa? Por ella. Le confesaba que no le amaba y si le amaba, ¡era tan poco!... Era hacer traición vil á Jorge; tan bueno, tan enamorado, que sólo para ella vivía... Se arremolinaban sus ideas como hojas de otoño sacudidas por vientos contrarios. Deseaba estar tranquila. ¿Para qué volvía aquel hombre á escribirla?

A la mañana siguiente estaba todavía dudando: ¿iría ó no? Echó al aire una moneda de cinco tostos... Cara: debía ir. Vistióse de mala gana, tenien-

do aún cierto deseo de los refinamientos del placer que dan las expansiones de la reconciliación...

Esperaba hallar á Basilio humilde, y ¡qué sorpresa! le encontró áspero y con el ceño fruncido.

—¡Parece increíble! ¿Por qué no viniste ayer, Luisa?

La víspera resolvió Basilio "hacerla entrar en caja," y la escribió mostrándose humilde para atraer y jurándose ser severo al castigar.

—Ha sido una ridícula niñada,—dijo.—¿Por qué no viniste?

Aquel tono la irritó.

—Porque no quise.

Y agregó, corrigiéndose:

—No pude.

—¡Ah! ¿Es ese el modo de responder á mi carta? —dijo Basilio.

—Y tú, ¿es ese el modo de recibirme?

Se miraron irritados.

—¡Bueno! ¡buscas quimera! Eres como las otras.

—¿Qué otras?—dijo Luisa.—Esto es demasiado. Adiós.

Y fué á salir.

—¿Te vas, Luisa?

—Me voy. Vale más acabar de una vez...

Basilio cerró la puerta rápidamente.

—¿Hablas en serio, Luisa?

—Si. ¡Estoy cansada ya!

—Bueno, vete. ¡Adiós!

Abrió la puerta para dejarla pasar y se inclinó profundamente. Ella dió un paso y murmuró Basilio con trémula voz:

—¿Para siempre?

Luisa se detuvo pálida. Aquel triste "para siempre," la emocionó y rompió á llorar.

El llanto la hacía más linda. ¡Parecía tan frágil,

tan desamparada! Basilio se arrodilló con los ojos húmedos:

—Si me dejaras, moriría...

Sus labios se unieron en un beso largo, profundo. La excitación de los nervios les dió momentáneamente la sinceridad de la pasión... Fué un día delicioso.

Ella murmuró, en sus brazos, pálida como la cera:

—¡No me dejarás nunca! ¿Verdad?

—¡Nunca, te lo juro!

Se hacía tarde. Ocurrióseles la misma idea y Basilio dijo ávidamente:

—¡Si pudieses quedarte aquí esta noche!

—No me tientes—dijo Luisa suplicante.

Basilio suspiró:

—Es una tontería... Vete.

Luisa se arregló deprisa. De pronto dijo:

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué, amor mío?

—Que me caigo de hambre; no almorcé casi nada.

—¡Pobrecilla!—dijo Basilio desolado—, si lo hubiera sabido...

—¿Qué hora es?

—Las siete—dijo avergonzado mirando el reloj.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó Luisa poniéndose atropelladamente el sombrero—. ¡Qué tarde, Dios mío, qué tarde!

—¿Y a qué hora mañana?

—A la una.

—¿Sin falta?

—Sin falta.

Al día siguiente fueron puntuales. Basilio la esperó en la escalera, y apenas se vieron, se colmieron a besos.

—¿Qué me has dado? Desde ayer estoy loco.

Luisa estaba preocupada con un cesto que vió sobre la cama.

—¿Qué es aquello?

Basilio sonrió; la llevó junto a la cama y descubrió gravemente el cesto.

—¡Provisiones, un festín! No dirás luego que tienes hambre.

Era un *lunch*. Había sandwiches, un *paté de foiegras*, una botella de champagne y hielo envuelto en un trapo de lana.

—¡Magnífico!—dijo Luisa, roja de placer.

—Lo que pude arreglar, para que veas que pienso en ti.

Puso el cesto en el suelo y la miró con los brazos abiertos.

—Y tú... ¿te has acordado de mí?

Por ella respondieron sus ojos y la presión de sus brazos.

A las tres merendaron, extendiendo una servilleta sobre la cama: la loza tenía la marca del «Hotel Central». Aquello le pareció a Luisa adorable y reía sensualmente, haciendo sonar el hielo dentro de la copa de champagne, llena. Desbordábase la dicha en gritos, en besos, en toda clase de ruidos deliciosos.

Nunca encontró tan guapo a Basilio: hasta el cuarto le parecía propio de aquellas intimidades. Creía posible vivir en aquel escondite años enteros, feliz con él, en amor no interrumpido y con *lunches* a las tres... Usaban las monadas clásicas: se daban bocaditos con los labios, enseñando ella sus blancos dientecitos. Bebían en la misma copa, devorándose a besos, y él quiso enseñarla la verdadera manera de beber champagne, porque tal vez no supiera...

—¿Cómo es?—dijo Luisa alzando su copa.

—No es con la copa ¡horror! Nadie que se estime

bebe en copa el Champagne. La copa es buena para el vino de colores.,

Tomó un sorbo de champagne y entre un beso lo pasó á la boca de ella. Luisa rió mucho y lo halló *divino*. Quiso beber más así. Se iba poniendo roja y la brillaba la mirada. Quitaron los platos de la cama y sentada ella al borde de esta, dejó balanceadas las piernas calzadas con medias de color de rosa, mientras que un poco inclinada, con los codos sobre el regazo y la cabecita baja, tenía la gracia lánguida de una paloma cansada.

Basilio la hallaba irresistible. Se arrodilló, la tomó las piernas entre las manos y las besó; luego ajustó sus ligas con broches de metal y la besó respetuosamente las rodillas, pidiéndola bajito no sé qué cosa. Ella se ruborizó, sonrió y dijo que no...

Al volver de su delirio, se tapó la cara con las manos, roja de vergüenza y murmuró reprobativamente:

—¡Oh, Basilio!

El se retorció el bigote satisfecho. ¡La había enseñado una sensación nueva y era suya!

Hasta las seis no se desprendió de sus brazos. Luisa la hizo jurar que pensaría en ella toda la noche. No quería separarse de él. ¡Tenía celos del Gremio, del aire, de todo! Ya fuera, en el descansillo, le miraba, volvía, le besaba locamente y repetía:

—¡Mañana más temprano! Para estarnos todo el día, ¿verdad?...

—¿No vas á ver á doña Felicidad?

—¿Qué me interesa á mi doña Felicidad? ¡No me importa nadie más que tú, tú solo!

—¿A mediodía?

—¡Sí, á mediodía!



